

—Son ahora las dos y media y no sale ningún fren hasta las cinco ¿no sabéis que sería lo más acertado que podríais hacer? Pues sería volver conmigo en coche á Roma.

Pedro protestó.

—No, mil gracias de todos modos, pero como con mi amigo Narciso y no puedo entretenerme.

—Y no os entretendréis, todo lo contrario, saldremos de aquí á las tres y llegaremos á Roma antes de las cinco... No podéis figuraros qué agradable es ese paseo al declinar el día, os prometo que vais á presenciar una espléndida puesta de sol.

Mostróse tan amable que Pedro no tuvo más recurso que aceptar dominado por tanta amabilidad y buen humor. Pasaron una hora muy agradable hablando de Roma, de Italia y de Francia. Subieron un momento á Frascati, en donde el conde tenía que ver á uno de sus destajistas. Y al dar las tres pusiéronse en camino, muellemente reclinados lado á lado en el coche y balanceados por el movimiento de éste arrastrado al trote ligero por los dos magníficos caballos. Era efectivamente delicioso aquel regreso á Roma á través de la inmensa y desnuda campiña, bajo el inmenso límpido cielo durante el declinar de aquel día apacible de otoño.

Al principio tuvieron que bajar muy deprisa las pendientes de Frascati por entre campos, viñedos y olivares sin fin. El enlosado camino formaba recodos y estaba poco frecuentado, no viéndose en él más que algunos aldeanos con sus usados sombreros de fieltro negro, un mulo blanco, un carretón tirado por un burro, siendo el domingo el único día en que aquello se animaba poblándose las tabernas yendo los artesanos acomodados á comer cabrito en los merenderos de los alrededores. En uno de los recodos del camino pasaron por delante de una fuente monumental y más adelante un rebaño entero de carneros les impidió el paso. Por último, en el fondo de las leves ondulaciones de la rala campiña romana apareció á lo lejos Roma envuelta en los violados vapores del atardecer y semejaba que se iba hundiendo poco á poco á medida que el coche iba bajando. Llegó un momento en que no se presentó al ras del horizonte más que como una delgada

raya gris en la que apenas centelleaba alguna que otra blanca fachada iluminada por el reflejo del sol. Por último se hundió en tierra, bajo la ola de los infinitos campos.

A la sazón la victoria rodaba por la llanura dejando atrás los montes Albanos, mientras que, á derecha é izquierda, comenzaba la mar formada por las praderas y los rastrojos. Entonces fué cuando el conde inclinándose, dijo:

—¡Mirad! Ved allá abajo... adelante... á nuestro hombre de esta mañana, á Santobono en persona. ¡Eh! ¡Valiente mozo y cómo anda! A mis caballos les cuesta trabajo alcanzarle.

Inclinóse á su vez Pedro. Era efectivamente el cura de Santa María de los Campos, alto y nudoso, lo mismo que lo hubieren tallado á hachazos y embutido en su larga sotana negra. Rodeado por la luz fina, por el claro sol que le inundaba de resplandor, formaba á manera de una mancha dura de tinta y seguía su camino con un paso tan regular y rudo que se parecía al Destino en marcha. Al extremo del brazo derecho llevaba colgando alguna cosa que no podía verse, un objeto que se distinguía muy mal.

Cuando al cabo le alcanzó el carruaje, dió Prada orden al cochero que pusiese los caballos al paso y entabló conversación con el cura.

—Buenos días, párroco, ¿qué tal vamos?

—Muy bien, señor conde, muchas gracias.

—¿A dónde vais corriendo con tanto ánimo?

—Voy á Roma, señor conde.

—¡Cómo! ¿A Roma y tan tarde?

—¡Ah! Llegaré casi al mismo tiempo que vos; el camino no me asusta y es dinero que pronto está ganado.

Y hablando no perdía ni una zancada, volviendo apenas la cabeza alargando el paso para no quedarse atrás. Prada, muy contento con el encuentro, dijo al oído á Pedro en voz baja:

—Esperad que va á divertirnos.

Luego en voz alta añadió:

—Puesto que vais á Roma, párroco, subid al coche que aquí hay sitio para vos.

Inmediatamente y sin hacerse rogar más aceptó Santobono.

—Acepto con mucho gusto; mil gracias, esto es preferible á gastar las suelas de mis zapatos.

Subió al coche y se sentó en la bigotera rehusando con brusca humildad el sitio que Pedro quería cederle al lado del conde. Este se enteró al cabo de qué era lo que llevaba Santobono; un cestito lleno de higos, muy bien arreglados y curiosamente cubiertos con unas cuantas hojas muy bien colocadas.

Los caballos habían vuelto á emprender un trote más vivo y el coche rodaba por una hermosa y plana carretera.

—De manera que vais á Roma,—dijo el conde para hacer hablar al cura.

—Sí, sí, voy á llevar á su eminencia reverendísima el cardenal Boccanera algunos higos, los últimos de la estación. Son de los que le prometí ha tiempo hacerle un pequeño regalo.

Colocó sobre sus rodillas el cestito que sujetaba con mucho cuidado entre sus gruesos nudosos dedos, lo mismo que si se tratase de una cosa fragil y rara.

—¡Ah! ¡Los higos famosos de vuestra higuera! Es cierto, son de miel, pero quitaos ese engorro de encima y no vayáis de ese modo hasta Roma molestándoos con el cesto en las rodillas. Dádmelo y lo colocaré aquí en la capota.

Se agitó, los defendió y no quiso en manera alguna desprenderse del cesto.

—¡Mil gracias! ¡Mil gracias! No me estorba nada, está muy bien aquí y estoy seguro de que de este modo no le sucederá nada.

Esa pasión que Santobono tenía á las frutas de su huerto divertía mucho á Prada que daba con el codo á Pedro al mismo tiempo que preguntaba.

—¿Y vuestros higos le gustan mucho al cardenal?

—¡Ah! Su eminencia se digna adorarlos. En otros tiempos, cuando pasaba los veranos en Frascati, no quería comer más higos que los de mi higuera. Como comprenderéis muy bien, ningún trabajo me cuesta darle gusto desde el momento en que sé lo que le agrada.

Dirigió una mirada tan penetrante á Pedro que el conde comprendió que era necesario presentarlos el uno al otro.

—El señor abate Froment se hospeda precisamente en el palacio Boccanera desde hace tres meses.

—Lo sé, lo sé,—contestó Santobono con mucha tranquilidad.—He tenido ocasión de ver al señor abate en el despacho de su eminencia un día que fuí á llevar unos higos; sólo que aquellos estaban menos maduros. Estos de ahora son perfectos.

Dirigió una mirada de complacencia hacia el cestito que, al parecer, estrechó con más fuerza entre sus dedos nudosos, bastos, cubiertos de cerdosos pelos. Y se quedaron silenciosos mientras que la campiña se desarrollaba en extensiones sin fin á los dos lados de la carretera. Hacía mucho tiempo que habían desaparecido las casas y no se veía ni un árbol ni una pared no viéndose más que las vastas ondulaciones en la que la proximidad del invierno empezaba á teñir de verde las hierbas escasas y ralas. Una torre, una ruina medio derrumbada, que se presentaba á la izquierda, adquirió de pronto una importancia extraordinaria, elevándose erguida en el cielo límpido por cima de la línea plana ilimitada del horizonte. Después á la derecha, en un gran parque cercado con estacas clavadas en el suelo, viéronse las lejanas siluetas de bueyes y caballos, mientras que otros bueyes uncidos aun al arado volvían con lento paso de la labor haciéndoles caminar los boyeros valiéndose del aguijón, mientras que un arrendatario montado en un caballo rojo, al que hacía galopar, regresaba á su casa después de hacer la visita de la tarde á los labrados campos. El camino fuese poblando poco á poco, un *biroccino*, ligero cochecillo de dos ruedas muy grandes con un sencillo asiento sobre el eje, cruzó por su lado con la rapidez del viento. De vez en cuando la victoria encontraba en su camino un *carrotino*, esa carreta baja del país, en que un aldeano, resguardado por una especie de toldo de colores chillones, llevaba á Roma, vino, legumbres y todos los productos de los Castillos romanos. Ofanse á lo lejos el sonar argentino de los cascabeles de los caballos que, en fuerza de la costumbre, seguían tranquilamente el camino conocido, mientras que el carretero dormía como

un bendito recostado en la carga. Las mujeres regresaban á sus hogares en grupos de cuatro ó cinco, con las faldas levantadas, sin nada la cabeza, con el pelo rizado y brillante y cubierto el pecho con pañoletas de alegres colores. Y el camino se vaciaba en seguida y el desierto volvía á presentar otra vez, sin un transeunte, sin una bestia de carga, en el espacio de muchos kilómetros, bajo el cielo redondo é infinito por el que descendía oblicuamente el sol allá abajo, al extremo de aquel mar vacío y de una monotonía tan grandiosa como triste.

—¿Y el papa, párroco, ha muerto?—preguntó Prada de pronto.

Santobono no se azoró siquiera.

—Confío,—dijo con mucha sencillez,—en que Su Santidad puede vivir aún durante mucho tiempo para triunfo y gloria de la Iglesia.

—Entonces, se conoce que esta mañana recibísteis buenas noticias en casa de vuestro obispo, el cardenal Sanguinetti.

Al oír esto no pudo el cura aquella vez dominar un ligero estremecimiento ¿le habían visto? En su afán de llegar pronto no se había fijado en aquellos dos transeuntes que seguían su camino á su espalda.

—¡Oh!—respondió tranquilizándose en seguida.—No se sabe nunca con certeza si las noticias son buenas ó malas... Según parece, Su Santidad ha pasado una noche bastante mala y hago votos para que la noche próxima sea mejor.

Por un momento apareció como que se concentraba y luego añadió:

—Si por otra parte Dios hubiese creído sonada la hora de llamar á sí á Su Santidad, no por eso dejaría su rebaño sin pastor y tendría ya escogido y señalado el soberano pontífice de mañana.

Tan hermosa respuesta aumentó la jovialidad de Prada.

—En verdad, párroco, que sois extraordinario... Entonces ¿os figuráis que los papas se hacen así por la gracia de Dios? ¿Con qué el papa de mañana está nombrado allá arriba? Siendo así aquí no hará más que esperar. A mí se me figuraba que los hombres intervendrían algo en el asunto...

to... pero puede muy bien suceder que sepáis vos de antemano cuál es el cardenal elegido por el favor divino.

Y continuó sus bromas fáciles de incrédulo, que no conseguían turbar en lo más mínimo la perfecta tranquilidad del presbítero, que por último no pudo por menos de reír á su vez cuando Prada, haciendo alusión al anhelo apasionado con que el pueblo de Roma apostaba, á cada cónclave, á favor del candidato probable, dijo que en eso había para él una fortuna á ganar si pudiera enterarse del secreto de Dios.

Tratóse después de la cuestión de las tres sotanas blancas, de tres tamaños diferentes y que esperaban en un armario del Vaticano y siempre á punto ¿sería aquella vez la pequeña, la grande ó la mediana la que se emplearía? A la más insignificante enfermedad del papa reinante, que se temiese pudiese degenerar en grave, producíase una emoción extraordinaria, un despertar agudo de todas las ambiciones, de todas las intrigas, hasta el extremo de que no sólo entre la gente que forma la sociedad negra sino en la ciudad entera, no había más curiosidad ni entretenimiento que el de discutir los méritos y títulos de los cardenales para predecir cuál sería el elegido.

—Veamos, veamos,—dijo Prada,—puesto que debéis saberlo decidnoslo. Tengo empeño en que me lo digáis ¿será el cardenal Moretta?

Santobono, á pesar de su indudable deseo de mostrarse digno y desinteresado cual cumplía á un piadoso cura—apasionóse poco á poco y cedió á la llama que le consumía. Y en aquel interrogatorio dió fin con su paciencia y no se pudo contener más.

—¡Moretta! ¡Imposible! ¡Un hombre que está vendido á toda Europa!

—Entonces será el cardenal Bertolini.

—No lo creáis. ¡Bertolini! ¡Un hombre que se ha gastado mucho al quererlo todo y no conseguir nada!

—¿Se tratará del cardenal Dozio?

—¡Dozio! ¡Dozio! ¡Ah! ¡Si Dozio consigue el triunfo será para desesperación de nuestra santa madre la Iglesia, porque no hay espíritu más bajo ni más indigno!

Prada levantó las manos á lo alto como si se le hubiese agotado la serie de candidatos serios. Experimentaba una

maligna alegría al no querer nombrar al cardenal Sanguinetti, el candidato predilecto del cura, y lo hacía para exasperar más á éste. De pronto, y lo mismo que si le hubiese ocurrido una idea repentina, exclamó:

—¡Ah! ¡Ya sé quién es vuestro candidato! ¡El cardenal Boccanera!

Santobono recibió la herida en mitad del corazón, en su rencor y en su fe de patriota. Abríase ya su boca terrible é iba á gritar ¡no! ¡no! con toda su fuerza y su energía. Consiguió, empero, dominar ese grito, encerrándose en el silencio, con su regalo sobre las rodillas, con aquel cestito de higos que sujetaban sus dos manos con tanta fuerza que se dijera iba á romperlo. El esfuerzo que hubo de hacer fué tan grande, que se quedó tembloroso y tuvo que esperar con voz muy tranquila.

—Su eminencia reverendísima el cardenal Boccanera es un hombre muy santo, digno del trono, y lo único que temería es que su elevación á él no produjese la guerra con la nueva Italia; tanto es lo que la odia.

Prada se entretuvo en profundizar la herida.

—En fin sea lo que quiera, á éste lo aceptáis pues le estimáis demasiado para no alegraros de las probabilidades de éxito que pueda tener. Y creo que esta vez estamos en lo cierto porque todo el mundo está convencido de que el cónclave no puede elegir otro. Y como es muy alto y corpulento, será la sotana blanca grande la que servirá.

—La sotana grande... la sotana grande,—murmuró Santobono sordamente y como á su pesar,—á no ser que...

Y no acabó su frase dominando de nuevo su pasión. Y Pedro, que escuchaba en silencio, se quedó maravillado, porque no pudo por menos de recordar la conversación que había sorprendido en casa del cardenal Sanguinetti. Indudablemente los higos no eran más que un pretexto para penetrar en el palacio Boccanera en el que algún familiar, el abate Paparelli, sin duda, podía facilitar algunos informes seguros á su antiguo compañero; pero ¡qué imperio más exaltado tenía sobre sí mismo el tal Santobono, aun en medio de los movimientos más desordenados de su alma!

A los dos lados de la carretera continuaba la campiña desarrollando hasta lo infinito sus llanuras cubiertas de

hierba; y Prada miraba sin ver, habiéndose puesto serio y pensativo. Y en aquella vez completó sus pensamientos.

—Bien sabéis párroco, lo que se dirá si muere esta vez... No dan buen aespina esa enfermedad repentina esos cólicos, esas noticias que se ocultan... Sí, sí, el veneno lo mismo que para los demás...

Pedro experimentó un sobresalto de estupor ¡el papa envenenado!

—¡Cómo!—exclamó.—¡Todavía el veneno!

Y los miró asustados á los dos. ¡El veneno como en tiempo de los Borgias, lo mismo que en un drama romántico y al finalizar el siglo XIX! Esa idea figurósele monstruosa y ridícula.

Santobono, cuyo rostro habíase vuelto impenetrable y estaba inmóvil, no respondió ni una palabra; pero Prada meneó la cabeza y la conversación no se sostuvo desde entonces más que entre él y el joven presbítero.

—¡Sí! ¡Todavía el veneno! En Roma sigue el miedo grande y vivo aún. En cuanto ocurre una muerte que parece inexplicable, por demasiado pronta ó porque la acompañan trágicas circunstancias, el primer pensamiento es unánime y todo el mundo dice que se trata de un envenenamiento. Y reparad una cosa; creo que no hay población en que las muertes repentinas sean más frecuentes; no sé á punto fijo por qué causas.

Dicen que se deben á las calenturas... Sí, sí, hay aquí el veneno con toda su leyenda; el veneno que mata y no deja huellas la receta famosa legada de edad en edad, lo mismo bajo los emperadores que bajo los papas y hasta en nuestros días de democrática burguesía.

No obstante sonrióse, con un poco de escepticismo en su terror sordo de raza y de educación. Y citaba hechos. Las damas romanas se desembarazaban de sus maridos ó de sus amantes empleando el veneno extraído de un sapo rojo. Más práctica, apeló Locusta á las plantas, haciendo hervir una de estas que, á la cuenta, debía ser el acónito. Después de los Borgia, la Toffana vendía en Nápoles en frasquitos adornados con la imagen de San Nicolás de Bari, una agua célebre compuesta sin duda á la base de arsénico.

Y se contaban otras historias extraordinarias de alfileres cuyo pinchazo era mortal, de una copa de vino que se envenenaba deshojando una rosa, de una perdiz que se partía con un cuchillo envenenado y cuya mitad emponzoñada mataba á uno de los dos convidados.

—En cuanto á mí que os doy todos estos detalles, tuve un amigo allá en mis mocedades, cuya novia murió en la iglesia el día de la boda, después de oler un ramo de flores. ¿Cómo queréis que esa famosa receta no se haya transmitido y no sea conocida por algunos iniciados?

—Porque me parece que la química ha progresado mucho,—respondió Pedro,—y si los antiguos creían en los venenos misteriosos, era porque carecían de medios de analizarlos. Hoy el veneno de los Borgias no serviría más que para mandar ante el jurado al imbécil que lo emplease. Esos son cuentos de vieja, y apenas hay personas que los toleren en las novelas de folletín.

—Lo creo,—replicó el conde con su forzada sonrisa,—y sin duda tenéis razón. Lo único que os aconsejo es que vayáis á decir eso mismo al dueño de la casa en que os hospedáis, al cardenal Boccanera, en cuyos brazos murió el verano pasado y en dos horas un antiguo amigo, fraternalmente querido, monseñor Gallo.

—En dos horas puede matar una congestión cerebral, y un aneurisma mata en dos minutos.

—Sí, es muy cierto; pero, no obstante, preguntadle qué pensó al observar los prolongados estremecimientos, al ver el rostro que se ponía de color de plomo, los ojos que se hundían y aquella máscara de espanto en la que no hallaba á su amigo. El cardenal tiene la convicción absoluta de que monseñor Gallo murió envenenado, porque era su confidente más querido, su consejero siempre escuchado, y cuyos prudentes consejos eran otras tantas garantías de victoria. El sobrecogimiento de Pedro fué en aumento, y miró al párroco cuya irritante impasibilidad acababa de turbarle.

—Ese es tonto; es horroroso, ¿y vos también, señor cura, creéis en esas historias tremebundas?

Ni un solo pelo del cura se movió; no despegó tampoco sus gruesos y violentos labios, ni apartó sus negros y fulgurantes ojos que tenía fijos en Prada. Este continuó ci-

tando ejemplos. ¡Y monseñor Nazzarelli al que habían hallado en su cama, calcinado y convertido en una pavesa! ¡Y monseñor Brando, herido en el mismo San Pedro, durante las vísperas, muerto en la sacristía y revestido con sus ornamentos sacerdotales!

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Vais á decirme tanto que acabaré por echarme á temblar yo también y no me atreveré en adelante á comer en vuestra temible Roma, más que huevos pasados por agua!—dijo Pedro suspirando.

Esta salida les hizo reír durante un momento al conde y á él. Y era verdad, de su conversación se desprendía una Roma terrible, la ciudad eterna del crimen, del puñal y del veneno, en la que hacía dos mil años desde que habían levantado la primera muralla, la rabia del poder, el apetito furioso de poseer y de gozar, armaron las manos, ensangrentaron el suelo y arrojaron víctimas al Tíber ó bajo la tierra. Asesinatos y envenenamientos bajo los emperadores, envenenamientos y asesinatos bajo los papas, pues la misma oleada de abominaciones hacía rodar los muertos sobre ese trágico suelo, en la gloria soberana del sol.

—No importa,—dijo el conde,—los que toman precauciones, pueden estar seguros de que tal vez no obran desacertados. Dícese que más de un cardenal se estremece y desconfía. Sé de uno que no come nunca más que las viandas que compra y prepara su cocinero. Y en cuanto al papa si es que tiene alguna inquietud...

Pedro lanzó una nueva exclamación de asombro.

—¡Cómo! ¡Hasta el papa tiene miedo al veneno!

—¡Eh! ¿Y por qué no? Así lo pretenden al menos, querido abate. Hay días que realmente es el primer envenenado. ¿No conocéis esa antigua leyenda ó creencia de Roma, de que un papa no puede vivir hasta una edad muy avanzada, y que cuando se empeña en no morir se le ayuda? Su sitio está naturalmente en el cielo, y en cuanto un papa vuelve á la infancia, se convierte con su senilidad en un estorbo, hasta en un peligro para la Iglesia. Aparte de esto, hácese las cosas con mucha pulcritud, y el menor constipado, es el pretexto decente para que no permanezca más de lo debido en el solio de San Pedro.

A este propósito refirió numerosos detalles. Un prelado,

deseoso de calmar los temores de Su Santidad, ideó un sistema completo de precauciones, entre otras la construcción de un cochecillo cerrado con llaves y candados, y destinado al transporte de las provisiones necesarias para la mesa pontificia, en la que por otra parte dábanse muestras de una gran frugalidad; pero ese cochecillo no pasó del estado de proyecto.

—Y después de todo, ¿qué?—añadió á manera de conclusión y echándose á reír.—Es preciso morir un día ú otro, y sobre todo cuando es para bien de la Iglesia, ¿no es verdad párroco?

Desde hacía un momento que, sin salir de su inmovilidad, había Santobono bajado la cabeza como si se entregara á un examen muy detenido de lo que contenía el cestillo de higos, que sostenía sobre sus rodillas con tanto miramiento, como si fuese un sacramento. Al verse interpelado de una manera tan directa y viva no pudo por menos de levantar los ojos; pero no abandonó su obstinado silencio, sino que se limitó á inclinar la cabeza con un movimiento muy prolongado.

—¿No es verdad, párroco, que es Dios y no el veneno el que señala la hora de la muerte? Se dice que estas fueron las últimas palabras del desdichado monseñor Gallo, cuando espiró en brazos de su amigo el cardenal Boccanera.

Por segunda vez y sin hablar, inclinó Santobono la cabeza y los tres muy pensativos se callaron.

El carruaje rodaba sin cesar por la inmensidad desnuda de la campiña. Aquella recta carretera, parecía dirigirse á lo infinito. A medida que el sol descendía hacia el horizonte, los juegos de luz y de sombra señalaban cada vez más las vastas ondulaciones de tierras que se sucedían, á su vez teñidas por un verde rosáceo y un gris violáceo; hasta los lejanos bordes del cielo. A lo largo del camino, á derecha é izquierda, no se veían más que grandes cardos silvestres secos, hinojos gigantescos con amarillentos quitasoles.

Después en momento dado, encontráronse con un tronco de cuatro bueyes uncidos que se habían entretenido en la labor, y que se recortaban en negro sobre el aire pálido, de extraordinaria grandeza en medio de la pesada soledad,

Más lejos vieron apolofonados rebafios de los que el viento llevaba hasta ellos, el áspero olor sebáceo de la lana, y que semejaban grandes manchas pardas tendidas sobre las hierbas, mientras que, á veces, se oía ladrar un perro, única voz que se percibía claramente en el sordo estremecimiento de aquel desierto silencioso, en el que parecía que reinaba la paz soberana de los muertos. Oyóse de pronto un canto ligero, y se levantó un vuelo de alondras, de las que una se elevó mucho y á gran altura, en aquel cielo límpido de oro. Y, enfrente, en el fondo de ese cielo puro de límpido cristal, engrandecíase cada vez más Roma, con sus torres y sus cúpulas, semejante á una ciudad de mármol blanco, que surgiese de un espejismo entre el verdor de encantado jardín.

—¡Mateo!—gritó Prada á su cochero.—Para, delante de la *Osiería Romana*.

Y, encarándose con sus compañeros, añadió:

—Dispensadme un momento, porque quiero enterarme de si hay huevos frescos, para llevarlos á mi padre, al que le gustan mucho.

Llegaron y el coche se detuvo; era una posada primitiva, situada en la orilla inmensa de la carretera y que tenía un nombre sonoro y orgulloso *Antica Osiería Romana*, apeadero para carreteros, en el que los cazadores eran los únicos que se atrevían á entrar para beber un vaso de vino blanco, al mismo tiempo que despachaban una tortilla ó un pedazo de jamón. Sin embargo, algunas veces, los domingos, el pueblo bajo de Roma llegaba hasta allí para pasar un buen rato. Durante la semana, empero, en la inmensa desnuda llanura pasábanse los días sin que entrase allí nadie.

El conde se apeó con mucha ligereza del carruaje, diciendo:

—En un momento despacho y vuelvo en seguida.

La hostería no era más que un edificio bajo, de un solo piso, al que se subía por una escalera exterior formada por grandes piedras que el sol había recocido. Toda la casa tenía un color y aspecto anticuado, el color del oro viejo. Al lado, y al pie de unos cuantos pinos parasoles, único árbol que crecía en aquel suelo ingrato, había un cenador formado con unos cañizos y bajo el cual se hallaban

unas cuantas mesas, cinco ó seis, cuyos tableros debían, por lo toscos, haberlos escuadrado á hachazos. Y como formando el fondo á aquel rincón de vida pobre y solitaria, elevábanse detrás, los restos de un antiguo acueducto, cuyos arcos abiertos en el vacío y medio derruidos eran los únicos que cortaban la línea plana del horizonte sin límites.

De pronto, retrocedió el conde en su camino, y dijo:

—¿Queréis, párroco, aceptar un vaso de vino blanco? Sé que sois un poco inteligente, un buen viñero, y hay aquí un vinillo que conviene que conozcáis.

Sin hacerse rogar y con mucha tranquilidad apeóse Santobono á su vez.

—¡Oh! Lo conozco... Lo he probado; es un vino de Marino que se cosecha en una tierra más floja que la nuestra de Frascatti.

Y al ver que ni aun entonces abandonaba el cestillo de los higos, sino que lo llevaba consigo, impacientóse el conde.

—Dejad ese cestillo en el coche, pues no hay ninguna necesidad de que lo traigáis aquí.

El párroco no le contestó, y siguió andando, mientras que Pedro se decidió también á bajar deseoso de ver una hostería, una de esas tabernillas de las afueras de Roma, á las que acude á solazarse el pueblo bajo y de las que le habían hablado.

Conocíanle allí á Prada, é inmediatamente se presentó una vieja alta, huesosa, y de aspecto regio, no obstante su sórdido traje. La última vez que el conde estuvo le proporcionó una docena de huevos frescos; aquel día iba á ver cuántos tenía, pero sin prometer nada, porque nunca sabía con seguridad los que había, pues las gallinas ponían en todos los rincones.

—Bueno, enteráos; y, mientras tanto, que nos sirvan un jarro de vino blanco.

Entraron los tres en la sala común que estaba completamente á oscuras. Por más que la estación calurosa había pasado, oíase aún desde el umbral el sordo zumbido de los enjambres de moscas. Un olorcillo de vino agriado y de aceite rancio, hacía cosquillas en la garganta al entrar allí. En cuanto sus ojos se fueron acostumbrando,

pusieron ver la vasta habitación ennegrecida, apesosa, amueblada sencillamente con bancos y mesas toscamente labrados con la madera apenas desbastada. Parecía estar vacía, tan profundo era el silencio que sólo turbaba el zumbido y el vuelo de las moscas, y, sin embargo, había allí dos hombres, dos transeuntes, inmóviles y mudos ante sus vasos llenos de vino. En una sillita baja, colocada en el umbral de la puerta y aprovechando la postrera claridad del día, estaba sentada la hija de la casa, joven flacucha, amarillenta, que tenía un temblor continuo producido por la calentura y que con las manos sobre las rodillas permanecía allí sin hacer nada en completa ociosidad.

Al comprender el malestar de Pedro, al que todo aquello disgustó, el conde propuso que los sirviesen fuera.

—Estaríamos mucho mejor,—dijo.—¡Hace una temperatura tan agradable!

Y la muchacha, mientras que su madre buscaba los huevos y su padre componía una rueda en un cobertizo inmediato, tuvo que levantarse tiritando para ir á buscar el jarro de vino y los tres vasos que dejó sobre una mesa del cenador. Se metió en el bolsillo los céntimos que la dieron por el vino y se volvió á su asiento, sin pronunciar ni una palabra y con aire malhumorado por haberse visto obligada á hacer aquel trabajo.

Con mucha alegría, cuando todos estuvieron sentados, llenó Prada los vasos, á pesar de las protestas de Pedro que aseguraba que no bebía nunca vino entre las comidas.

—¡Bah! ¡Bah! De todos modos trincaremos juntos, ¿no es verdad, párroco, que es muy bueno el tal vinillo? ¡Vamos, á la salud del papa ya que está enfermo!

Después de apurar su vaso de un sorbo, hizo Santobono chasquear la lengua. Había dejado el cestillo en el suelo, pero con mucho cuidado, con un cuidado paternal, y luego se quitó el sombrero, poniéndose á respirar á sus anchas.

El día era en realidad hermoso, la pureza del cielo admirable, un cielo inmenso de oro nuevo se extendía por encima del mar sin fin de la campiña romana, que iba á

Roma — Tomo II — 10

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTURREY, MEXICO

entregarse al sueño con una inmovilidad y una paz soberana. Y el vienteillo, cuyas ráfagas pasaban de vez en cuando á través del gran silencio, tenía un gusto exquisito de hierbas y de flores selváticas.

—¡Dios mío! ¡Qué bien se está aquí!—murmuró Pedro, dominado por aquel encanto.—¡Y qué desierto de eternal reposo más á propósito para olvidar el resto del mundo!

Prada, que vació el jarro volviendo á llenar otra vez el vaso del párroco, se divertía mucho sin decir nada con una aventura cuyo principio fué él quien únicamente lo vió. Hizo un guiño de alegre complicidad con los ojos para llamar la atención á Pedro y desde entonces siguieron ambos las dramáticas peripecias de la escena. A su alrededor pasaban y repasaban dando vueltas por entre la hierba enrojecida algunas gallinas flacuchas, buscando saltamontes y gusanos, y de pronto, una de esas pollas, una pollita negra, fina y lustrosa, y más desvergonzada que las otras, se fijó en el cestillo de higos que estaba en el suelo y se acercó con mucho atrevimiento; sin embargo, cuando estuvo cerca retrocedió asustada. Estiraba el cuello, erguía la cabeza y sus ojillos redondos fijábanse inflamados, codiciosos, en el cestillo. Pudo por fin más la pasión, y como quiera que uno de los higos asomaba entre dos hojas, se adelantó sin prisa, levantando las patas, y de pronto alargó la cabeza y de un picotazo atravesó el higo que se despanzurró.

Prada, tan contento como un niño, pudo al cabo soltar la carcajada que hacía rato contenía, y dijo:

—¡Eh! ¡Párroco, cuidado con vuestros higos!

Precisamente en aquel momento Santobono acababa de vaciar su segundo vaso y con la cabeza reclinada hacia atrás y los ojos fijos en el cielo, gozaba con beatífica satisfacción. Se sobresaltó, miró á todas partes, y comprendió lo que pasaba al ver á la pollita, y hubo entonces un estallido de cólera, de grandes gestos y de invectivas terribles. La pollita, que en aquel momento daba otro picotazo, no soltó su presa, picó el higo y se lo llevó dando alazos, tan pronto y tan cómicamente, que Prada y hasta Pedro, se rieron hasta derramar lágrimas, al ver el impo-

tente furor de Santobono que la persiguió durante un momento amenazándola con el puño.

—Ahí tenéis las consecuencias de no haber dejado el cestillo en el carruaje,—observó el conde,—y si no os avisó, esa pollita se hubiera comido todos los higos.

Sin responder nada y mascullando entre dientes sordas imprecaciones, dejó Santobono el cestito sobre la mesa y levantó las hojas arreglando otra vez los higos con mucho arte para reparar la falta y después que hubo colocado las hojas y tapado todo como antes, se calmó.

Era tiempo ya de marcharse, el sol se inclinaba cada vez en el horizonte y la noche se acercaba. El conde, al cabo, empezó á impacientarse.

—¡Y esos huevos! ¿Vienen ó no?—preguntó.

Y observando que la posadera no volvía fuese en su busca. Entró en la cuadra, de ésta pasó á la cochera y no la encontró en ninguna parte. Pasó entonces á la parte trasera de la casa con intención de visitar los cobertizos, pero entonces vió una cosa extraña, inesperada, que le hizo detenerse en seco. En tierra estaba caída la pollita negra, muerta. Del pico se desprendía aún un hilillo de sangre violácea.

Al principio no experimentó más que admiración; se bajó y la tocó. Estaba tibia, blancucha y floja, lo mismo que un guiñapo; sin duda la muerte la había producido un golpe de sangre. De pronto se puso horrorosamente pálido; la verdad se apoderaba de él, le helaba. Lo mismo que á la luz de un relámpago evocó la imagen de León XIII enfermo, á Santobono corriendo en busca de noticias á casa del cardenal Sanguinetti y marchándose en seguida de Frascati á Roma para llevar como regalo aquel cestito de higos al cardenal Boecanera. Y se acordó de la conversación que habían sostenido desde su salida de Frascati, de la muerte eventual del papa, de los candidatos probables á la tiara, de las historias legendarias de veneno que aterrorizan aún en los alrededores del Vaticano y volvía á ver al párroco con su cestillo sobre las rodillas y llevándolo con paternal cuidado; y otra vez se le figuraba estar viendo á la pollita negra picotear en el cestillo para huir llevándose un higo en el pico. La pollita estaba allí, muerta, aniquilada.

Su convicción se formó en el acto y fué inmediata, absoluta; pero no tuvo ni siquiera tiempo para preguntarse lo que podía hacer, porque oyó á su espalda una voz que exclamaba:

—¡La pollita! ¿Qué es lo que tiene?

Era Pedro, que habiendo dejado á Santobono que ocupase su asiento en el coche, habíase ido á dar también una vuelta alrededor de la casa para contemplar desde cerca los restos del acueducto, medio derrumbado entre unos cuantos pinos.

Estremeciéndose como si fuese culpable, respondió Prada con una mentira, pero sin haberla premeditado y como obedeciendo á una especie de instinto.

—Pues que está muerta... Figuráos que hubo pelea. En el momento que yo llegué esa otra polla que veis allí se arrojó sobre ésta para quitarla el higo que llevaba aún en el pico y de un picotazo le rompió la cabeza... Vedla, está echando sangre.

¿Por qué decía esas cosas? Se admiró él mismo al inventarlas. ¿Era por qué deseaba ser el dueño de la situación y no tener ningún confidente para poder obrar en seguida á su antojo? Era á la vez algo como una cortedad vergonzosa ante un extranjero, un gusto personal de la violencia que la admiración mezclaba á su rebelión de hombre honrado, una necesidad sorda de examinar la cosa bajo el punto de vista de su interés personal antes de tomar partido. Hombre honrado, como lo era, no iba seguramente á permitir que se envenenase á las personas.

Pedro, al que inspiraban compasión los animales, contempló á la pollita con esa ligera emoción que le producía la brusca impresión de toda vida y, como era natural, creyó la historia que le contaban.

—¡Ah! ¡Esos animalejos tienen una imbécil ferocidad, que los hombres apenas han igualado! En mi casa había un gallinero, y un pollo y una gallina no podían herirse en la pata, sin que todos, al ver manar la sangre, se fuesen á picarla y comerla hasta el hueso.

En seguida se alejó Prada, y precisamente la dueña de la hostería le andaba buscando por su parte para entregarle cuatro huevos que había logrado encontrar con mu-

cho trabajo, en los rincones de la casa. Pagó apresuradamente y llamó á Pedro, que estaba muy entretenido.

—¡Vamos! ¡Vamos pronto! Cuando lleguemos á Roma va á ser completamente de noche.

En el carruaje encontraron á Santobono, que les estaba esperando con mucha tranquilidad. Había vuelto á ocupar su sitio en la bigotera del carruaje, y tenía la espalda apoyada con fuerza en el pescante, y las largas piernas encogidas bajo el cuerpo, llevando de nuevo sobre las rodillas el cestito de los higos, tan artísticamente arreglados y que protegía con sus manos nudosas, lo mismo que si se tratase de una cosa rara y frágil que el menor vaivén, producido por un bache, podía echar á perder. Su sotana formaba como una gran mancha negra. En su rostro tosco y terroso de labriego apegado aún al terruño y desbastado por algunos años de estudios teológicos, eran sus ojos los que tenían vida, con una llamarada negra, fulgurante de pasión.

Al verle tan cómoda y tranquilamente instalado en el carruaje, Prada, experimentó un ligero estremecimiento. Luego, en cuanto el carruaje empezó á rodar por la recta carretera que parecía no tener fin, le dijo:

—¡Eh! ¿Qué tal, párroco? Ahí tenéis un trago de vino, que nos va á proteger contra el mal aire. Si el papa pudiese hacer lo mismo que nosotros, con seguridad que curaría de sus cólicos.

Por toda respuesta no dejó Santobono oír más que un gruñido sordo. No quería hablar más y se encerró en un silencio absoluto, como si le fuese invadiendo la noche lenta que avanzaba. Y á su vez se calló Prada, quedándose con los ojos fijos en el cura y preguntándose, qué era lo que iba á hacer.

El camino formaba como un recodo, y luego el carruaje rodó, siguió rodando por una carretera interminable cuyo blanco pavimento parecía dirigirse con una línea al infinito. A la sazón la blancura de la carretera, adquiría una especie de luz, desarrollábase como una cinta de nieve, mientras que la campiña inmensa, á sus dos lados, parecía irse cubriendo con una fina sombra. En el hueco de vastas ondulaciones amasábanse las sombras, parecía como que se extendía una marea violácea, recubriendo la rala

hierba con su ola, alargando la llanura hasta perderse de vista, semejante á un mar desteñido. Y el desierto se vació aún, acababa de pasar una carreta indolente, y á lo lejos extinguíase el tañido de claras esquilas, y luego ni un transeunte, ni una bestia, la muerte de los colores y de los sonidos, toda la vida cayendo en el sueño, en la serena paz del vacío.

A la derecha, los fragmentos del acueducto continuaban mostrándose de vez en cuando, semejantes á trozos de un ciprés gigantesco que la guadaña de los siglos hubiese cortado; luego, á la izquierda, vióse una nueva torre cuya negra ruina, se recostó sobre el cielo como un grueso pie derecho, y más fragmentos de acueducto flanquearon el camino, adquiriendo al lado de éste, un valor desmesurado, destacándose sobre el fondo formado por la puesta del sol. ¡Ah! ¡Esa es la hora única! ¡La hora del crepúsculo en la campiña romana cuando todo se hunde y se simplifica, la hora de la inmensidad desnuda, del infinito en la sencillez! No hay nada, nada más que la línea curva y aplanada del horizonte, nada más que la mancha de una ruina, aislada y en pie, y ese nada es de una grandeza de una majestad soberana.

El sol poniente allá abajo, á la izquierda, hacia el mar. En el límpido cielo bajaba lo mismo que si fuese un globo de ascuas, de un rojo cegador. Sumióse lentamente detrás del horizonte, y no se vieron más nubes que unos cuantos vapores de incendio, lo mismo que si el lejano mar se hubiese incendiado de pronto, bajo el fuego de tan regia visita. En seguida, cuando hubo desaparecido el sol, todo aquel lado de cielo se empurpuró con una marea de sangre, mientras que la campiña fbase tornando gris. No quedó más, al extremo de la llanura descolorida, que aquel lago de púrpura, cuyo brasero veíase como poco á poco fbase apagando tras las negras arcadas de los acueductos, y al otro lado los negros arcos esparcidos, que habían adquirido un tinte rosáceo, se destacaban claramente sobre un cielo de color de estaño. Disipáronse luego esos vapores de incendio; la puesta del sol se apagó con una melancolía que tenía algo de huraña. En el firmamento apagado y de color de azulada ceniza, encendíase las estrellas una á una mientras que las luces de Roma, aun le-

janás, y al ras del horizonte, al frente, centelleaban semejantes á faros.

Y Prada, entre el silencio meditabundo de sus compañeros, en medio de la tristeza infinita de la noche, y dominado á su vez por angustia indecible, continuaba interrogándose y preguntándose lo que iba á hacer.

Sus miradas no se apartaban de Santobono, cuyo rostro se iba borrando en la sombra, pero que conservaba toda su tranquilidad y abandonaba su cuerpo á los vaivenes del coche que lo mecían. Repetíase Prada que no era posible que dejase de esa manera envenenar á las gentes. Indudablemente aquellos higos estaban destinados al cardenal Boccanera, y le importaba á él muy poco que hubiese un cardenal más ó menos y un papa posible cuya acción histórica era muy difícil de prever. En su ansiosa concepción de conquistador, entregado por completo á la lucha por la vida, hablale parecido siempre que lo mejor era dejar obrar al Destino, aparte de que no veía ningún mal, en que el cura se comiese al cura, lo que no desagradaba á su ateísmo. Pensó también, que podía ser hasta peligroso intervenir en tan abominable asunto, en el fondo de las bajas intrigas, tenebrosas é insondables del mundo negro. El cardenal no era, sin embargo, el único que vivía en el palacio Boccanera; ¿no podían equivocarse de destino aquellos higos, é ir á parar á otras personas á las que no se quería alcanzar? Esa idea de repulsiva casualidad, le empezaba á dominar á la sazón. Y sin querer empezó á fijarse en ella su pensamiento, irguiéndose delante de él las figuras de Benedetta y de Darío, presentándose y volviendo á aparecer, y que, no obstante sus esfuerzos para rechazarlas, se le imponían. ¿Y si Benedetta ó Darío comían aquellas frutas? A Benedetta la apartó en seguida de aquella posibilidad, porque sabía que tenía mesa aparte con su tía, y que no había nada común entre las dos cocinas; pero Darío almorzaba todos los días con su tío. Por un momento vió á Darío presa de un espasmo, caer en brazos del cardenal lo mismo que el pobre monseñor Gallo, con faz grasienta, los ojos hundidos y aniquilado en un par de horas.

¡No! ¡No! Todo aquello era horroroso, y no podía permitir abominación semejante. Entonces tomó una deci-

sión; esperaba á que fuese completamente de noche, y de la manera más sencilla del mundo, cogería el cestito de encima de las rodillas del cura y lo arrojaría á lo lejos, á algún hueco sombrío sin decir ni una palabra. El cura comprendería de lo que se trataba y en cuanto al otro, al joven abate francés, puede que ni siquiera se apercibiese de la aventura. Después de todo, importábase muy poco, porque estaba firmemente decidido á no explicar siquiera su acto. De pronto se quedó muy tranquilo al pensar que podría apoderarse del cestito y arrojarlo en el momento en que el coche pasara por bajo la puerta Furba, pocos kilómetros antes de llegar á Roma. Entre las tinieblas de la puerta podría ejecutar su propósito, y nadie le vería.

—Nos hemos entretenido algo, y no llegaremos á Roma antes de las seis,—dijo en alta voz encarándose con Pedro, pero tendréis tiempo suficiente para iros á vestir y á reunir con vuestro amigo.

Y, sin esperar la contestación, se dirigió á Santobono.

—En cuanto á vuestros higos, van á llegar muy tarde.

—¡Oh!—respondió el cura.—Su eminencia recibe hasta las ocho, y además, los higos no son para esta noche. A estas horas no se comen nunca higos, que serán para mañana por la mañana.

Volvió á encerrarse en su mutismo, y no dijo nada más.

—Para mañana por la mañana, ¡oh! ¡Quién lo duda!—repitió Prada.—Y el cardenal podrá regalarse con ellos, si nadie le ayuda.

Pedro, distraidamente, dió una noticia que sabía.

—Y sin duda estará solo, porque su sobrino el príncipe Darío, debió marchar hoy á Nápoles, para hacer un pequeño viaje de convaleciente, después del accidente que durante tanto tiempo, un mes largo, le obligó á permanecer en cama.

Detúvose bruscamente al recordar á quién estaba hablando; pero su apuro no pasó desapercibido para el conde.

—Vamos, tranquilizáos, querido señor Froment, que no me dais ningún disgusto. Eso es muy antiguo, ¿y decís que ese joven se marchó?

—Sí, á lo menos que no haya aplazado su partida; no creo encontrarle en el palacio de su tío.

Durante un momento no se oyó nada más otra vez que el ruido producido por el continuo rodar de las ruedas. Y Prada se calló, dominado por la turbación y vuelto al malestar de su incertidumbre. Si Darío no estaba allí, ¿para qué tenía él que intervenir en el asunto? Todas aquellas ideas encontradas acabaron por cansar su cráneo y al fin pensó en alta voz:

—Si se ha ido debe ser por las conveniencias, y con objeto de no asistir esta noche á la reunión de los Buongiovanni, porque la congregación del Concilio se ha reunido esta mañana para pronunciar sentencia definitiva, en la demanda que la condesa presentó contra mí... y dentro de poco, sabré si el Santo Padre firmará la anulación de nuestro casamiento.

Habíase vuelto un poco ronca su voz; se comprendía que la antigua llaga se abría otra vez, y sangraba la herida causada á su orgullo de hombre por aquella mujer que era la suya, y que se negó á él reservándose para otro. En vano su amiga Lisbeth le había dado un hijo, la acusación de impotencia, el ultraje hecho á su virilidad, renació sin cesar, y le henchía el corazón de ciegas cóleras. Experimentó un violento y brusco estremecimiento, lo mismo que si un gran soplo helado le hubiese atravesado la carne, y haciendo tomar otro giro á la conversación, dijo de pronto:

—Esta noche no hace calor... He aquí la hora mala de Roma, la hora en que empieza á anochecer, y en la que bonitamente puede pescarse una calentura buena, si no se tiene cuidado, ¡tenedlo presente! Extended esa manta sobre vuestras piernas, y envolvéoslas bien en ella.

Después, y como se acercasen á la puerta Furba, volvieron á quedar silenciosos; con un mutismo más pesado aun, y semejante al sueño invencible con que dormía la campiña romana sumergida en la obscuridad. Al fin, presentóse la puerta á la claridad de las estrellas vivas, y no era otra cosa más que una arcada del Aqua Felice, bajo la cual pasaba el camino. Aquel resto de acueducto, mirado desde lejos, parecía como que iba á interceptar el camino con su masa enorme de antiguos muros medio de-